

## PRÓLOGO DEL AUTOR



El cuento *El pequeño Zaches, llamado Zinnober* (Berlín, F. Dümmler, 1819) no es sino la realización, libre y sin trabas, de una idea bufonesca. Sin embargo, el autor se quedó no poco sorprendido cuando tropezó con una reseña en la que se analizaban con grave solemnidad esas páginas burlescas, escritas a vuelapluma, sin más pretensión que la de procurar un entretenimiento pasajero, y se especificaba con todo detalle cada una de las fuentes de las que habría bebido el autor. Esto último, por otra parte, fue agradable para él, ya que lo llevó a buscar él mismo esas fuentes y a aumentar sus conocimientos.

Para prevenir cualquier posible malentendido, el editor de estas páginas declara de antemano que, al igual que *El pequeño Zaches, La princesa Brambilla* no es un libro para personas que lo toman todo en serio y a todo dan importancia. Pero al lector benévolo, que tal vez tenga la disposición y la buena voluntad de olvidar por unas horas las cosas serias y de avenirse al juego impertinente y caprichoso de un duende quizás a veces atrevido en exceso, el edi-

tor le pide humildemente que no pierda de vista la base de toda la obra, a saber, los grabados fantásticos y caricaturescos de Callot, y que piense también en lo que un músico puede esperar, por ejemplo, de un *capriccio*.

Si el editor se atreve a recordar aquellas palabras de Carlo Gozzi (en el prólogo del *Ré de'Geni*), según las cuales todo un arsenal de hechos absurdos y fantásticos no basta para insuflar un alma al cuento, sino que el alma sólo viene dada por la profundidad del sentido y por la idea central, sacada de alguna visión filosófica de la vida: eso sólo hace alusión a lo que él ha querido, no a lo que ha visto realizado.

*Berlín, en septiembre de 1820*

## CAPÍTULO PRIMERO

Mágicos efectos de un rico vestido en una joven modista –  
Definición del actor que interpreta al galán joven – Sobre la  
*smorfia* de las muchachas italianas – De cómo un hombre bajito  
y honorable, sentado en un tulipán, se dedica a la ciencia y señoras  
respetables hacen malla entre orejas de mulo – El charlatán  
Celionati y la muela del príncipe asirio – Azul celeste y rosa –  
Pantalone y la botella de vino de mágico contenido.



Llegaba el crepúsculo, en los conventos las campanas tocaban al avemaría: la dulce y hermosa niña, Giacinta Soardi de nombre, apartó el rico vestido de pesado raso rojo, en el que había estado aplicando adornos con gran dedicación, y miró malhumorada por la alta ventana la calle estrecha, triste y solitaria.

Mientras tanto la anciana Beatrice recogía con todo cuidado los diversos y multicolores disfraces dispersos sin ningún orden por sillas y mesas de la pequeña pieza, y los iba colgando uno tras otro. Puesta en jarras, se plantó después delante del armario abierto y dijo con sonrisa satisfecha:

—Esta vez, Giacinta, sí que hemos trabajado bien; me parece estar viendo pasar ante mis ojos la mitad de ese alegre mundo del Corso. Pero maese Bescapi tampoco nos había hecho hasta ahora tan ricos encargos. Bueno, él sabe que este año nuestra hermosa Roma volverá a estar resplandeciente de placer, de lujo y magnificencia. Ya verás, Giacinta, cómo mañana, primer día de nuestro carnaval, estallará el júbilo. Y mañana..., mañana maese Bescapi nos me-

terá en la faltriquera un buen puñado de ducados. ¡Ya verás, Giacinta! ¿Pero qué te ocurre, niña? Estás cabizbaja, ¿tienes tristeza, malhumor? ¿Y mañana es carnaval?

Giacinta se había sentado en la silla de coser y, la cabeza apoyada en la mano, miraba al suelo, sin prestar atención a las palabras de la anciana. Pero como esta no dejaba de charlar sobre la inminencia del carnaval y sus deleites, dijo al fin:

—Callaos de una vez, vieja cotorra, dejad por fin de hablar de unas fechas que para otros pueden ser muy divertidas, pero a mí no me aportan sino tedio y fastidio. ¿De qué me sirve trabajar día y noche? ¿De qué nos sirven los ducados de maese Bescapi? ¿No vivimos en extrema pobreza? ¿No hemos de procurar que la ganancia de estos días alcance para darnos de comer malamente durante todo el año? ¿Qué nos sobrará para divertirnos?

—¿Y qué tiene que ver nuestra pobreza con el carnaval? —respondió la anciana—. ¿No callejamos el año pasado desde por la mañana hasta bien entrada la noche, y no estaba yo elegante y vistosa disfrazada de *dottore*? ¿Y te llevaba del brazo, y tú ibas deliciosa de jardinera! Je jé. Y las más hermosas máscaras te perseguían y te hablaban con dulcísimas palabras. Dime, ¿no fue divertido? ¿Y qué nos impide hacer este año lo mismo? Yo sólo he de cepillar como es debido mi *dottore*, y entonces desaparecerán todas las huellas de los molestos confeti que le cayeron encima, y tu «jardinera» también